



LUIS DAVILLA / GETTY IMAGES

El viaje más emocionante

De unos años a esta parte, hemos empezado a reflexionar –y, en cierto modo, a inventar– la inteligencia emocional, la inteligencia social, y el aprendizaje social y emocional. Se trata de tres conceptos que están ya siendo aplicados en campos tan trascendentales como la salud mental de las personas, los sistemas educativos y la vida corporativa. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué la ciencia ha entrado en tromba en esta reflexión hasta ahora vedada al conocimiento científico? ¿Cómo es posible que termine el desamparo milenario en el que hemos estado sumidos respecto a lo que nos pasaba por dentro?

En primer lugar, por el hecho insólito de que la esperanza de vida se haya casi triplicado en los últimos 200 años. Los recién nacidos en este nuevo siglo dispondrán, en promedio, de 40 años de vida redundante en términos biológicos. Una vez cumplidos los cometidos evolutivos como el de perpetuar la especie, nos siguen quedando a los humanos varias décadas para plantearnos misiones, objetivos y procesos que hace sólo unos años no hubiéramos podido ni siquiera imaginar. Por primera vez en la historia, la gente puede sustituir la vieja e inconclusa pregunta de si hay vida después de la muerte por la constatación de que hay vida antes de la muerte, y que merece la pena vivirla.

El segundo factor responsable de este cambio radica en la revolución tecnológica, que está permitiendo medir por primera vez los procesos internos como el estrés, la actividad cerebral y hasta la propia capacidad de aprender e imaginar. Las técnicas, basadas la mayoría de ellas en las resonancias magnéticas funcionales, han permitido a los científicos diferenciar los papeles desempeñados por el entorno y por la genética, y calibrar el impacto mental del aprendizaje o, simplemente, del paso del tiempo en el entramado neuronal. Esta entrada en tromba de la ciencia en la gestión de las emociones representará un alivio insospechado para la gente. A eso me refiero cuando hablo de la irrupción de la ciencia en la cultura popular. Y ése es el nuevo y emocionante viaje que queremos emprender con este monográfico de National Geographic.

EDUARDO PUNSET, divulgador científico